

colección
El gallo pelón
serie
Roja
12 años

Julio Calcaño

El sello maldito

y otros cuentos

Ilustrado por David Dávila





©Fundación Editorial El perro y la rana, 2017 (digital)
©Julio Calcaño
©De la ilustración: David Dávila

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: (0212) 7688300 / 7688399.

Correos electrónicos

atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web

www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Diseño de la colección

Mónica Piscitelli

Edición al cuidado de

Edgar Abreu
Xoralys Alva
Dileny Jiménez
José Jenaro Rueda
David Dávila

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal DC2017002917
ISBN 978-980-14-3307-1

Julio Calcaño

El sello maldito

y otros cuentos

Ilustrado por David Dávila

República Bolivariana de Venezuela

Fundación Editorial



elperroylarana



Presentación

Un suelo latinoamericano fecundado de caraotas y cacao, es el cimiento sobre el que se levanta el imaginario de los niños y niñas venezolanos.

El lugar en el que aún se escuchan las voces trovadoras que relatan las leyendas de espantos y aparecidos de nuestras montañas y llanos. En este espacio inagotable de imágenes y ritmos nació una colección que viene a contener como cuenca-pergamino la pupila ansiosa de la niñez venezolana.

Nuestros cultores vienen a relatarnos un cuento, ¿quieres que te cuenten uno? No, no solo es el sol girando sobre el lomo de un morrocoy haciendo del día y la noche una certeza; no, no es únicamente de cómo el brote del agua desde un tronco del tepuy creó espacios cálidos y marinos en este paraje de trompos, perinolas y gurrifíos. Relatarán cómo se pintan angelitos negros, cuál es este espectro que silva, cómo se vende un gallo, que no es el mismo gallo pelón.

La serie Amarilla (de 0 a 6 años) es delicada firmeza sobre la que los más pequeños dan sus primeros pasos hacia las letras.

La serie Azul (de 7 a 12 años) es invitación a nuevos horizontes para echar a volar imágenes como papagayos.

Y la serie Roja (de 12 años en adelante) toma la mano de quienes con amor a la lectura han decidido que ésta les acompañe a nuevas peripecias.



Nota de edición

Esta selección de cuentos posee como línea temática el terror y el misterio, en la cual Julio Calcaño es considerado pionero en nuestra literatura. Las narraciones poseen referentes que van desde la mitología griega hasta leyendas de la mitología indígena, y recrean un mundo que si bien posee fuertes cargas europeas, es decir, ciudades, personajes y contextos donde se desarrollan las historias, dicha cualidad no disminuye el valor de la prosa ni la capacidad de hilvanar tramas de extraordinaria tensión. De esta manera nos crea relatos con un gran contenido literario, que vienen a abrirnos las oscuras puertas de lo maldito y lo fantasmal.

Nota del autor

Nunca he seleccionado escritos míos de ningún género; pero hombres de letras extranjeros, que leyeron en francés “El escultor Marliani” y “El ingeniero Chatillard”, me han exigido les remita los cuentos que haya escrito; y no teniendo vagar ni humor para copiarlos, solo para corresponder a su exigencia hago esta edición contentiva de algunos y limitada a pocos ejemplares.



El escultor Marliani

—Lo que digo a ustedes comprueba que sí es cierto que ningún crimen queda sin castigo, no todos llegan a conocimiento de la justicia humana —sentó Mr. Cremieux con voz sombría.

—Pero lo que usted cuenta es tan singular, que se hace difícil creerlo —objetó la condesa de Lucy con un estremecimiento nervioso...—. ¡Y consentir en eso! ¡Y no sorprenderlo nadie...!

—Señora, todo depende de las circunstancias y del interés de los individuos.

—Vamos, Mr. Cremieux, cuéntenos usted ese acontecimiento con todos sus pormenores —exclamaron algunos tertulianos de la condesa, rodando sus asientos hacia Mr. Cremieux.

—No hay dificultad porque el protagonista ha muerto ya, aún no hace seis meses.

—¡Seis meses! —exclamó la condesa pensativa como tratando de adivinar el nombre del individuo.

—Seis meses, señora condesa, como que era mi compañero y amigo el célebre escultor Marliani.

—¡Marliani!, ¿aquel terrible corso que parecía haber tomado por modelo a Miguel Ángel?

—Solo que nunca hizo versos; ahí verán ustedes.

—Cuenta usted, cuenta usted, Mr. Cremieux.

—Es muy sencillo, señores; y la historia de Marliani viene a dar testimonio de que una voluntad enérgica, una pasión avasalladora, como la venganza, puede reemplazar perfectamente la vocación artística.

Luis Lefranc era el verdadero nombre de Marliani, quien, por circunstancias que ustedes comprenderán al fin, cambió el apellido paterno por el materno, que ha hecho tan glorioso.

Por el año de 1850, Luis Lefranc era un simple pintor, discípulo de Eugenio Fromentin. Distinguíase únicamente por la perfección del dibujo y estaba aún dominado por la afición oriental del maestro. No había por qué creer que llegase a alcanzar la inmortalidad, al menos en el arte a que se había dedicado; pero sus cuadros, que no carecían de mérito, le daban renta suficiente para vivir modestamente.

Por este tiempo Luis Lefranc se enamoró perdidamente de Berta de Vieuville.

—¡De Berta de Vieuville! —exclamó involuntariamente la condesa— ¡De la baronesa de Monet!

—Suplico a usted, señora condesa, y suplico a todos que no me interrumpen a fin de no extraviarme en el relato. Decía, pues...

—Decía usted que Luis Lefranc se había enamorado perdidamente de Berta de Vieuville.

—Berta era hermosísima; sus grandes ojos negros y aterciopelados, su cabellera rubia, su blancura marmórea ligeramente sonrosada, y la esbeltez y la gracia que la realzaban, volvían loco al pobre Luis Lefranc. Berta no pudo resistir a aquella pasión de artista, y se casaron; pero Berta arrastraba tras de sí los corazones y a poco de estar casada encendió el de Pedro Monet, aquel diputado bonapartista que había de llegar a ser barón y millonario, en premio de no se sabe qué servicios o por el favor de Mr. Dupin.

Luis Lefranc no dejaba de comprender la honda impresión que la hermosura y la gracia de su mujer habían hecho en el corazón de Pedro Monet, pero ni Berta parecía prestar atención ninguna a Monet, ni este le había dado motivo para ningún procedimiento, como que Monet conocía la extraordinaria habilidad de Lefranc en el manejo de las armas, y le temía. Monet, cada vez más enamorado

por efecto de los mismos obstáculos, esperaba, sin duda, ocasión oportuna para alcanzar sus deseos.

Cuando el golpe de Estado de Luis Bonaparte, en medio de tan honda conmoción y del asesinato en masa de grupos del pueblo, Luis Lefranc fue preso en su taller, acusado de promover la resistencia y enviado a Cayena entre una cuerda de criminales.

Luis Lefranc, inocente del crimen que se le imputaba, comprendió al momento cuál era la mano que le hería, y desde que llegó a Cayena se dio a imaginar el medio de vengarse con seguridad y sin ruido, porque él creía que aquella situación no podía durar mucho y pronto se vería en libertad.

El infeliz se engañaba: su martirio duró por largos años hasta que, caído Napoleón, reclamó su libertad de la Comuna.

Durante aquellos largos años trató en vano de hacer llegar sus cartas a Berta, hasta que ocasionalmente supo que él pasaba por muerto en las barricadas provocadas por el golpe de Estado, y que Berta se había casado con Pedro Monet.

Desde aquel día, después de una meditación profunda, Lefranc se aplicó incesantemente al estudio de la escultura con una pasión que rayaba en delirio. Una vez libre, pasó a Italia donde toma el nombre de Luis Marliani, luego a Alemania y por último se trasladó a Francia.

Cuando llegó a París, su fama de escultor era europea. Realista cuanto es posible en la escultura, dejó atrás a Courbet y a sus discípulos, y rivalizó con Dubois Pigalle en la manera de aliar la poesía con la realidad. Adorador del arte antiguo, sobresalía en el perfil griego y presentaba los contornos con rasgos sencillos que llevaban el sello de la grandiosidad.

Se había dedicado especialmente a los bustos, que embellecía con el estudio concienzudo de la plástica, al extremo de dar vida a los ojos cincelandos el arco de las cejas y los pómulos y las mejillas con magistral finura. Ustedes lo saben tanto como yo: Marliani es una de las glorias del arte.

Cuando Berta leyó su nombre en los periódicos, conmovióse y palideció intensamente. Hacía tiempo que sospechaba que Luis Lefranc no había muerto. De sus tres hijos, el mayor, Pedro, que estudió la pintura en Roma, había aparecido muerto de una estocada en una calle, con un papel que decía: “Número uno, muerto en duelo”; el segundo, Luis, que viajaba por Alemania, había sido encontrado cadáver en un bosque de Hamburgo, con una herida de bala en el pecho y un papel que decía: “Número dos, muerto en duelo”.

El nombre y el apellido del escultor y aquellas dos terribles venganzas, junto con la habilidad de Lefranc en el manejo de las armas, dieron a Berta el convencimiento de que su primer marido vivía y se sintió como enloquecida, temblando por la vida de su tercer hijo que estaba próximo a llegar de la India.

Guardóse naturalmente de comunicar sus sospechas al barón Monet y resolvió ir de incógnito a implorar la piedad de Marliani, para lo cual averiguó la hora más propia. Pálida y cerrada de negro, marchita ya su hermosura y quebrantada la faz por el insomnio y el dolor, Berta se dirigió al taller de Marliani y llamó resueltamente.

Marliani abrió. El desarrollo natural de la edad, las grandes arrugas que el dolor había impreso en su faz, y la larga barba entrecana que bajaba hasta cubrirle el pecho le habían desfigurado de tal modo, que Berta retrocedió en el primer momento creyendo haberse equivocado. Marliani la reconoció al punto y palideció profundamente.

—Puede usted entrar, señora baronesa —dijo con voz trémula y llena de ironía.

Berta no dudó ya, y entró y cayó de rodillas:

—¡Perdón —murmuró—, yo no soy culpable!

—¿Perdón, señora?, ¿y de qué?, ¿no es esta la primera vez que nos vemos?

—¡No, no, Luis! Perdón para mi último hijo, que tampoco es responsable de las faltas de su padre... yo lo he comprendido todo.

—¡Ah!, lo comprende usted todo... y sin saber de mí, sin tener noticias mías, se casó usted con mi enemigo...

—Cruel... cruel... yo te esperé años; yo tuve que creer en mi desgracia en aquellas circunstancias, y estaba sin amparo.

—Hoy tiene usted dos maridos, y supongo que sabrá que las leyes castigan cruelmente al bigamo.

—¡Oh!, ¡calla... calla... ten piedad de mí... ten piedad de mi hijo!

—Y bien, señora; yo dejaré a usted su hijo, pero habrá de prestarse usted a lo que le voy a exigir.

—Todo, todo por la vida de mi hijo; manda, ¿qué quieres? Tú, solo tú tienes derecho sobre mí.

—¡Y bien!, yo sé que usted guardará silencio, porque tengo en mi poder nuestra partida de matrimonio... no lo olvide!

—Dios mío... ¿y qué es lo que quieres?

—Quiero que haga usted que el barón Monet me llame para hacerle su busto. Ya sabe usted que no hay hoy quien no anhele tener un busto cincelado por mí.

—No, un crimen, y yo cómplice de un crimen... no... no.

—Por ventura, señora, ¿no es un crimen la bigamia?

—¡Oh!, me insultas... —murmuró la pobre mujer, retorciéndose los brazos—. ¡Yo no merezco que me trates así!

—¿Y usted no me supone capaz de un crimen?

—¿Y qué quieres, pues?

—¡Quiero humillarlo y quiero tener su busto para maldecirlo hasta mi última hora!

—¡Dios mío!

—Garantizo a usted más: no llevaré puñal, ni revólver, ni arma ninguna, sino los utensilios de mi profesión.

Berta miró fijamente a aquel hombre terrible que la trataba como un extraño, y luego exclamó:

—¡Y mi hijo, mi pobre hijo!

—El hijo de usted vivirá, señora; es cuanto puedo hacer por usted.

Al día siguiente, el barón Monet mandó a llamar a Marliani para que le hiciese el busto.

Marliani acudió con todo lo necesario para la primera obra.

Al ver al barón, brilló en sus ojos un relámpago de ira. El barón estaba ya bastante gastado, flaco y cargado de espaldas.

—Vamos, señor escultor —dijo con aire de indiferencia—, mi mujer quiere que haga usted mi busto.

—Y he traído todo lo que puede necesitarse en la principal tarea, pero le advierto, señor barón, que debe permanecer sin hacer el menor movimiento, porque de otro modo no quedaría él bien y mi reputación sufriría.

—Ese es asunto de usted —contestó el barón, sentándose en un sillón—, ¿le parece que estoy bien así?

—Si el señor barón lo permite, lo más conveniente es practicar la manera romana.

—¿Y cuál es ella?

—Atarle al sillón de modo que no haga usted el menor movimiento.

—¿Y qué dificultad hay en eso? Puede usted hacerlo.

—Bien, señor, tampoco debe abrir los ojos para que no se le dañen, pues practico un procedimiento solo mío, del cual proviene la maravillosa exactitud de mis bustos.

—Convenido.

Marliani ató al barón al sillón; y una vez atado, contemplóle atentamente con mirada en que relampagueaba el odio. Tomó la pasta de yeso, y le dijo:

—¿Nunca ha tenido usted noticias de Luis Lefranc, el marido de su mujer?

El infeliz barón, lleno de espanto y sin poder pronunciar palabra, fijó la vista en Marliani y se estremeció con angustia, considerándose ya en la agonía. Marliani comenzó a aplicarle al rostro la capa de yeso que debía tomar sus formas

y que se iba secando a medida que el escultor la hacía más espesa y la apretaba; y en vano el barón se debatía, ahogándose.

—Piense —le decía Marliani— en su crimen y en los horriblos sufrimientos de su víctima. Duraron largos años, duran aún, y no un momento como la agonía de usted.

Pronto el barón Monet quedó inmóvil: había muerto. Marliani tomó la mascarilla, quitó las cuerdas al cadáver y se introdujo en la alcoba de Berta:

—Señora —le dijo—, ya sabe usted que el barón Monet ha muerto de repente, y que usted me ha llamado para sacar su mascarilla. ¡Tómela!

Berta lanzó un grito, pálida de terror, y cayó sobre una silla.

Días después, Marliani dejaba París y se establecía en Roma.

—Mr. Cremieux —exclamó la condesa de Lucy—, esa historia es verdaderamente horrible!

—Pero auténtica, señora condesa.

Los demás tertulianos miraron con extrañeza a Mr. Cremieux, como si sospechasen que él y no Marliani había sido el protagonista del drama.







Danza de los muertos

A doña Lastenia Larriva de Llona

*Todo valle será alzado y todo monte o
collado será abatido, y lo torcido se enderezará,
y lo áspero será caminos llanos.
Isaías Profecías.*

I

Yo, Stargiro, había aprendido a tocar la lira de siete cuerdas bajo los muros de Tebas; y a mi canto se alegraban las campiñas griegas, y las ninfas bailaban coronadas de flores y de yedra, desplegando las gracias del amor. Y yo acompañaba siempre a Miguel Paleólogo, emperador de Oriente, porque la armonía de mi lira y la dulzura de mis versos distraían los pensamientos de muerte y regocijaban el corazón implacable del pérfido tirano.

Era el año de 1282. Recuerdos terribles se me agolpan a la mente y siento el corazón como si despertase de angustiosa pesadilla, porque crímenes llenos de infamia y acontecimientos sobrenaturales habían conmovido extraordinariamente mi pecho y perturbado mis facultades intelectuales durante esa época de terror y de sangre.

Cosas hay que parecen sueños de imaginaciones enfermas; mas el que no tenga fe que no crea y viva rodeado de tinieblas. El que tenga ojos que vea, y el que tenga oídos que oiga, y el que tenga pensamiento que medite y aprenda de las enseñanzas de la historia, pues cosas he visto que hacen temblar las carnes y enloquecen el espíritu. Y todo porque los cantos del descendiente terrible del incestuoso Edipo habían venido infiltrando en las multitudes la corrupción y la anarquía.

Dos años antes de los hechos sangrientos y misteriosos que voy a relatar, Juan de Prócida había sido despojado de sus dominios por Carlos de Anjou; y como este levantase pendones para apoderarse de la Sicilia, Juan de Prócida dio avisos a Miguel Paleólogo. Y Miguel Paleólogo juró tremenda venganza en contra del francés, y por espacio de dos años tejió en la sombra del misterio los hilos de odiosa trama, arrastrando poderosos ejércitos y preparando en ira el corazón del pueblo —siempre celoso e impresionable— para la horrible matanza.

Miguel Paleólogo y Juan de Prócida esperaban un pretexto que hiciera estallar las pasiones que bullían ya en las multitudes de las ciudades; y como la víspera del día de Pascuas de ese año fatal dos o tres soldados franceses ofendiesen en Palermo el decoro de una dama noble —la joven Paula—, los conjurados hicieron oír el grito de una venganza que había de hacer estremecer al universo.

La campana sagrada que debía tocar la víspera de Pascuas tocó lúgubrememente a degüello en el silencio de la noche, y ocho mil cabezas francesas cayeron bajo el hierro del pueblo colérico, sediento de sangre y de exterminio. Las alas de la desolación y de la muerte se desplegaron, y la ciudad quedó como vasto cementerio; y el viento soplaba triste y frío sobre los muros de mármol, cargado de gemidos lastimeros y fantásticos; y durante muchos días los carros de los sepultureros estuvieron recogiendo los cadáveres de los franceses, horriblemente defigurados; y recogieron también el cadáver de la joven Paula y los de otras nobles damas de Palermo, muertas en la embriaguez de la matanza, a los pórticos de los templos.

Italia se cubrió el rostro avergonzada y Francia se vistió del color de las sombras de la noche. Pero bárbaro regocijo, como viento eléctrico soplado del Orco, atravesó el Oriente del uno al otro extremo.

Mas yo, Stargiro, que había bebido en el vaso de oro de los profetas, recordé aquellas palabras del Evangelio de San Mateo: “¡Ay del mundo por los escándalos! Porque necesario es que vengan escándalos; mas, ¡ay de aquel hombre por quien viene el escándalo!”.

Y vestí de crespón la lira de siete cuerdas, coroné mi frente de flores pálidas, tomé las sandalias del peregrino, y me fui a las soledades porque mi corazón estaba lleno de tristeza.

Y canté, y mi canto resonó como una lamentación en medio del desierto. Y oí que de las concavidades del viento brotaban profundos gemidos, quejas lastimeras, ayes de muerte; y me estremecí de horror, porque percibí sombras inultas que vagaban como nubes siniestras de invierno; y vi que el cielo de Oriente estaba cubierto de rojos arreboles que anunciaban la tempestad.

II

Y sucedió que Miguel Paleólogo, emperador de Oriente, libre ya —por medio del crimen de sus numerosos rivales— levanta banderas y marcha en son de guerra en contra del príncipe de Tesalia, llevando de refuerzo hordas tumultuosas de tártaros, que como chacales vivían de la sangre y el botín.

La presencia de los tártaros, soberbios e insubordinados, llenaba de inquietud el corazón de Miguel Paleólogo, pero lo cierto era que el alma del emperador sufría bajo el látigo de la conciencia. Y por ello, anhelando ahogar sus terrores en el delirio de la orgía, llevaba vinos exquisitos de color de púrpura, perfumes de la Arabia, flores de Italia, delicados manjares y hermosísimas griegas de ojos negros y rasgados.

Los tártaros ardían en sed de combate y atronaban el viento con gritos salvajes. Parecían leones que rugen y escarban la arena para caer sobre la presa. Pero el emperador sentía el alma cada vez más enferma e hizo alto y alzó su regia tienda en medio de los campos, y llenó las ánforas de vino rojo y espumoso como sangre, y pidió música y bailes y cantos y locuras.

La tienda del emperador se iluminó como para los días de gran fiesta, y la música rasgó los aires, y los vasos chocaron con estrépito en el delirio de la

embriaguez, y el vino se derramó manchando el pavimento con un color rojo, sombrío, siniestro. Mientras, el viento azotaba las paredes y los tártaros rugían en las afueras, aguardando impacientes la hora del combate.

El emperador estaba sentado en un extremo de la tienda, al frente de la entrada, y cerca de él bebían y reían y cantaban alegres mujeres y la flor de los guerreros del Oriente. Mas yo estaba silencioso y triste, presintiendo algo lleno de misterio, y hallando pesado el aire que respiraba. Y veía que la risa del emperador —cada vez más pálido— era una risa forzada; y que el rostro de los convidados, ebrios ya y que bebían y cantaban como arrastrados por la voluntad del emperador, palidecía y diafanizaba por instantes a la luz de los hachones que fulguraban siniestramente.

Había algo todavía más terrible en medio de aquella escena lúgubre como un festín mortuorio. En la sombra formada por el sitial y el cuerpo del emperador se alzaba una figura de mujer pálida, indefinible, vaporosa, envuelta en una larga clámide virginal y viéndome fijamente con una mirada magnética, que resplandecía en la oscuridad vaga que la circundaba como una niebla extraña. Y nadie parecía haber advertido su presencia; ni yo había visto entrar a aquella mujer, cuya actitud y silencio me llenaban de pavor.

—¡Stargiro! —exclamó de improviso el emperador—, he aquí que estás más pálido que la rosa marchita; y cualquiera diría que estabas pensando en la región de las sombras. ¡Ea, Stargiro, despierta y canta que tu lira es digna de los dioses!

Y en tanto que el emperador apuraba el vino rojo que le manchaba la larga barba, ya blanca por el tiempo y el dolor, tomé la lira y canté lúgubrementemente —como impulsado por un genio invisible— las estrofas de Eurípides lamentando el suplicio de Prometeo.

—Calla —dijo el emperador con angustia—, ¡parece que mis tártaros tienen hambre de carne humana y sed de sangre! ¡Silencio, fieras, silencio! Mas, ¿a qué esos cantos de desesperación, ¡oh, Stargiro!, cuando el vino purpúreo se derrama en medio de la orgía y mis leones rugen ansiosos de exterminio?

Y el ruido se acrecentaba cada vez más poderoso y fantástico.

Y a un soplo helado que circuló por la tienda, algunos hachones chisporrotearon y se apagaron, y la llama de los restantes tomó un color azulado como de lámparas funerarias.

Y la mujer misteriosa se me acercó con lentitud, sin que nadie más al parecer la sintiera, y oí que me dijo con imperio:

—El emperador está alegre; toca la danza de los muertos.

Y me estremecí, y me puse de pie dominado por un terror invencible, escapándome la lira, que rodó por el pavimento dejando oír notas fantásticas y terribles que hicieron estremecerse a todos los circunstantes.

—¿Qué es eso?, ¿qué es eso? —exclamó espantado el emperador.

Y en medio de un silencio mortal, la mujer misteriosa tomó a su vez la lira y principió a tocar una música desconocida, llena de armonías rápidas y broncas que semejaban una creación de la locura. Las puertas se abrieron de súbito y hordas de tártaros penetraron con violencia y algazara, y tártaros y mujeres se pusieron a bailar y a cantar con una alegría infernal aquella música extraña.

Y descolorido ya y tembloroso, me estremecí de horror porque vi que los que bailaban se desvanecían como sombras de otro mundo, como habitantes de las regiones desconocidas; que el emperador estaba muerto, tendido a lo largo de su sitio. Y que aquella voz que me había hablado y aquellas facciones de la mujer misteriosa eran las de la joven Paula, muerta en la horrible matanza de las vísperas sicilianas.

Me lancé desatentado a los campos, corrí a la ciudad, penetré en mis habitaciones y durante mucho tiempo no volví a tocar la lira de siete cuerdas. Y en las noches mantuve siempre mi palacio espléndidamente iluminado, porque mi propia sombra me llenaba de espanto.

1872







El ingeniero Chatillard

A Achille Millien

I

El conde de Chatillard entró a su aposento, encendió una bujía, y sin quitar se siquiera el abrigo ni el sombrero, abrió una carta que acababa de entregarle un mandadero que le había estado esperando en la esquina.

La carta, de letra de mujer, solo contenía dos líneas sin firma y un billete plegado con estudiado esmero.

Las dos líneas decían simplemente: “Al fin va la prueba que ofrecí a usted al darle el primer aviso. Solo usted lo ignoraba.”

El conde, pálido y trémulo, abrió el billete y leyó:

Luis de mi vida:

La suerte se cansa de perseguirnos. Como el trayecto está ya terminado, él tiene que ir a T., donde permanecerá ocho días. Te espero con ansiedad a la hora convenida.

Tu Antonia

—¡Luis, Luis! —murmuró el conde ahogando la ira— ¡Luis Fourcaud, el miserable, y la que me escribe es su mujer, María Ribagorza!

Y el conde, lívido y como desvanecido, se sentó a su escritorio con los puños apretados y permaneció con la cabeza inclinada, sumido en una meditación profunda.

El conde de Chatillard, ingeniero del ferrocarril de Mollendo a Titicaca, era uno de esos nobles franceses arruinados a quienes el deseo de rehacer su caudal

perdido en las revoluciones de la patria, lanza por el mundo y principalmente por los países inexplorados de América, cuya prodigiosa riqueza los atrae poderosamente.

Desde los principios logró hacerse notar por sus conocimientos científicos y al fin alcanzó una de las plazas principales en el ferrocarril de Mollendo.

Su posición, su juventud, su comprobado valor y, más que todo, su título de conde —que aunque sea un contrasentido, ejerce influencia favorable entre los republicanos de la América Española— le abrieron todas las puertas y puede decirse que era el partido más codiciado por las familias distinguidas.

Fuese por amor o por conveniencia, el conde de Chatillard se casó en Mollendo con Antonia Ruiz de Lima, heredera de una antigua y poderosa familia a la cual pertenecían las más pingües posesiones de Titicaca, valoradas en muchos millones.

Antonia era hermosa y casquivana y se dejó seducir por el título de condesa, que ostentó en los salones de París, para regresar a Mollendo más aturdida e insustancial de lo que antes era; y como además no había logrado tener hijos, no era extraño que en tales circunstancias y con aquel carácter hubiese hecho liga con Luis Fourcaud, íntimo amigo y compatriota del conde, y mozo arrogante, audaz y astuto cuyas aventuras amorosas le habían dado cierta celebridad.

El conde de Chatillard, hombre de leales sentimientos en sus relaciones de amistad, estaba lejos de sospechar que fuese Luis Fourcaud —su amigo y protegido— el cómplice de su mujer. Así fue que la evidencia lo hundió en una meditación intensa y dolorosa, de la cual salió al fin con una terrible resolución en el alma; su admirable sangre fría le ayudaba a salir siempre airoso en sus proyectos.

Pensaba que quitándole la vida a él, no por eso quedaba menos deshonorado; que suicidándose, les daba completa libertad para amarse; y que matándola a ella, Fourcaud quedaba impune y su honra no ganaba gran cosa, ni dejaba él tampoco de sentir la mordedura de serpiente que le sangraba el corazón; y que, por lo tanto, debía tomar venganza más segura y provechosa.

El conde se acostó aquella noche en su aposento, pero no pudo dormir, inquieto e impaciente, anhelando ver la luz del alba.

II

Cuando la claridad del día penetró en su aposento, el conde de Chatillard se puso en pie, se vistió y pasó a la alcoba de Antonia. Ella dormía aún, apoyada la cabeza sobre el brazo desnudo: un brazo como cincelado, muelle y blanco al modo de un copo de nieve. Sus cabellos, negros y espesos, caían en desorden sobre el seno y en sus labios se dibujaba una sonrisa.

El conde se detuvo, a pesar suyo, y contempló con tanta admiración la hermosura de su mujer, que suspiró y murmuró: te amo.

El conde se estremeció, pero dominándose inmediatamente, la despertó. Estaba pálido, si bien tranquilo y sonreído, con toda la cortés amabilidad de un parisiense de la vida elegante.

—¡Ah!, ¿es usted? —exclamó Antonia ruborizándose.

—Soy yo, amiga mía; no he querido irme sin despedirme y sin avisar a usted que por fin será esta tarde cuando iremos a Titicaca.

—Verdad es que ustedes los franceses se mueren por una cacería.

—Si usted no quiere pasar unos días con sus padres, iremos solos Luis Fourcaud y yo.

—No, conde, no lo decía por eso; crea usted que lo acompaño con sumo placer. Con usted iría hasta el extremo del mundo.

—No lo dudo —dijo el conde, asombrado de la tranquilidad y disimulo de su mujer—, puede ser que cualquier día hagamos juntos un viaje bien largo.

—¿A la China? —preguntó Antonia, riendo.

—O más lejos —repuso el conde con abandono.

—¿A qué hora partimos hoy?

—A las dos; debo avisar a Luis.

—Estaré lista, amigo mío.

—Hasta las dos, pues.

Y el conde estrechó la mano muelle y suave que le tendía Antonia, y salió. El conde hizo avisar a Fourcaud, preparó un tren expreso —que dijo de paseo y quiso guiar él mismo— y a las dos el silbido de la locomotora anunciaba la partida de nuestros viajeros.

No era esta la primera vez que en tales excursiones tenía el conde el capricho de dirigir la máquina, con gran contentamiento de Fourcaud y de Antonia; pero sí la primera vez que hacía uso de frenos automáticos, de aire comprimido, que había hecho construir por la Sociedad Westinghouse y cuya fuerza retardatriz —permítase la palabra en gracia de la precisión— aumentaba proporcionalmente a la velocidad adquirida. De modo que podía pararse el tren en las tres cuartas partes de la distancia necesaria con los frenos comunes.

—Con estos admirables frenos —les dijo el conde sonriéndose— no hay peligro y todo se me hace inútil, por lo que he hecho salir hasta al fogonero. Es un ensayo magnífico; ya lo verán ustedes.

Fourcaud, sin embargo, sintió helársele el alma al considerar su situación respecto al conde; y lo desigual y peligroso de aquella línea boliviana, que atraviesa enormes alturas y extraordinarias pendientes. Pero Antonia se sonreía y lo tranquilizaba.

—No sabe nada —le decía—, ¿y cómo lo adivinaría? Luego, él va con nosotros.

El tren llevaba una velocidad extraordinaria; se conocía que estaba recargada de vapor la máquina; trepaba ya la cumbre y Fourcaud y Antonia comenzaban a sentir el soroche o mal de montaña, que en aquellas increíbles alturas se apodera con intensidad de los viajeros no acostumbrados a la influencia fisiológica que produce tan sensible descenso en la presión atmosférica. Y fue en aquellos momentos de angustia, de dolores neurálgicos y desfallecimiento de fuerzas, cuando el conde de Chatillard en pie, imponente, soberbio, con la cabellera en desorden batida por

el viento de las montañas, se sonrió con ferocidad y, asomándose a la puerta del vagón, arrojó a los pies de Antonia el papel que ella había escrito a Fourcaud, y le dijo:

—Ahí va el pasaporte, ya vamos en el largo viaje, más allá de la China.

Antonia arrojó un grito de desesperación y cayó desmayada. Y antes que Fourcaud —lleno de súbito asombro y de terror— pudiese volver en sí, el conde de Chatillard, aprovechando una curva de poco radio en la increíble pendiente de aquella parte de los Andes, echó mano al contrabajo y precipitó violentamente el tren; con tal ímpetu, que saltando sobre los rieles fue a caer despedazado en el abismo.

Dos días después el diario de Mollendo daba noticia de la terrible catástrofe, y agregaba:

No se sabe a qué se debe tan lamentable suceso; probablemente el maquinista se hallaría en estado de embriaguez. Ignórase el número de víctimas, pues hasta ahora solo se han podido recoger tres cadáveres, horriblemente desfigurados. Créese que dos de ellos son los del señor conde de Chatillard y su amante esposa.







Tristán Cataletto

Al conde Ermanno Stradelli

—¡Ea! ¡Marco Larvato, tabernero de los infiernos! Muévete y tráeme un jarro de ponche espumoso, que como el agua del país de los Ciconios tenga la virtud de petrificarme las entrañas. Anda, querido Larvato, y tráeme también una gran pipa holandesa, que me haga olvidar que estoy en el mundo.

El que así entraba en la taberna de “La Cruz Negra” era un joven de tez pálida, de rostro melancólico que contrastaba con la volubilidad que acusaban sus palabras, y vestido todo de negro.

—Calle usted, señor Ubaldo Cataletto —díjole al oído el tabernero, al poner la pipa y el ponche sobre la mesa a la que se había sentado el joven—, calle usted, por vida mía. No sea que al tomar el ponche suceda a su lengua lo que al palo que introducían en la fuente de Athamantís, que cuenta la leyenda que salía hecho viva ascua; vea que hoy estamos a trece y tenemos malas visitas —añadió luego, guiñando los ojos hacia uno de los extremos de la sala.

—¡A trece! ¡Funesta idea la tuya, Larvato, ave de mal agüero! Verdad es que en día trece —y hoy hace un mes— murió mi padre. Pero tal infortunio está resarcido, porque en día trece nació mi hijo y hoy, aunque no está en buena salud, cumple felizmente trece meses.

—¡Así sea! —dijo Larvato en voz alta, y murmuró al alejarse—: No en balde, dicen los cabalistas que el número trece es el de la muerte y el nacimiento.

Ubaldo Cataletto llenó el vaso de ponche, encendió la pipa y se arrellanó en dos sillas, no sin ver antes de reojo hacia el rincón que Larvato le había indicado. En aquel rincón, envueltos en espesa nube de humo, apuraban fermentada y bullidora cerveza dos raros personajes. Ambos vestían de negro. El uno, de pequeña estatura y regordete, de rostro malicioso y burlón, tenía ojillos picarescos y vivos que

brillaban con mirada extraña, que parecía una mezcla de la del basilisco y la de la boa. El otro era alto y flaco y sus ojos se hallaban ocultos por espesos espejuelos verdes.

El resto del salón estaba desierto y solo en el patio inmediato veíase un grupo de hombres que jugaban a los bolos, y gritaban y maldecían como si estuviesen en una feria diabólica.

Por aquella época, en que la religión se hallaba perseguida y combatida, habían revivido todas las prácticas supersticiosas y con frecuencia se quemaba a los brujos y encantadores, que se decía abundaban en las ciudades y los campos. Los hombres más graves se preocupaban con singulares acontecimientos que, por no encontrarles explicación racional, atribuían a las artes de Satanás.

Días hacía que la ciudad estaba conmovida y atemorizada con muertes súbitas y aparición de fantasmas, de los que personas juiciosas certificaban, y la imaginación del pueblo se manifestaba cada vez más excitada e inquieta. Nervioso y pensativo, meditaba en tan misteriosa situación Ubaldo Cataletto, a la vez que arrojaba espesas columnas de humo de su pipa holandesa, cuando una estrepitosa carcajada del hombre de la mirada de basilisco atrajo su atención. A poco, percibió distintamente la voz de los interlocutores y prestó oído, lleno de ansiedad.

—Bien sabe usted, doctor Lanternuto, que así como entierran no poca gente llena de vida, hay por el mundo algunos cadáveres ambulantes que para su locomoción y funciones vitales necesitan del fluido de las personas vivas.

—Sin duda ninguna, maestro; pero mi ciencia no alcanza hasta adivinar quién sea el que trae hoy revuelta y en alarma a esta población.

—Pues es muy fácil saberlo: yo tenía aquí un amigo, hombre de carácter triste y pendenciero, el cual desesperaba de vengarse de un enemigo mucho más fuerte y poderoso que él.

—¿Y bien?

—El pobre hombre llegó a viejo, contrariado por no poderse vengar del enemigo que le había arrebatado el afecto y la fidelidad de su esposa.

—¿Y le facilitó usted el medio de vengarse?

—Ha acertado usted: cierto día me le presenté y le propuse un negocio muy sencillo.

—¿Qué le ofreció usted?

—La facultad de introducirse en todas partes y de matar impunemente a quien quisiera.

—¿Y qué le daba él en cambio de tal facultad? ¿Su sombra?

—No.

—¿Su reflejo?

—Tampoco. ¿Qué había yo de hacer con su sombra o con su reflejo? ¿Para qué atormentarlo más, si el pobre hombre era ya mío?

—¿Entonces?...

—Le exigí su fluido vital y lo tomé.

—¡Ah! —exclamó el doctor Lanternuto, riendo de la mejor gana—. ¡Un brucolaco!

—Esa misma noche recibió una puñalada, a consecuencia de la cual murió aparentemente y fue enterrado; pero dos días después moría casi de súbito su eterno enemigo y él, loco de contento, ha seguido su camino de destrucción.

—De modo que el tal brucolaco...

—Es el viejo Tristán Cataletto, cuyo aniversario se cumple hoy trece.

Ubaldo, aunque trémulo y preocupado, no pudo contenerse y exclamó con ira:

—¡Callad! ¡Farsantes! No insultéis la memoria del hombre a quien debo el ser!

El individuo de la mirada de basilisco soltó al oírlo una nueva carcajada, y le dijo:

—¿Conque usted es hijo de Tristán Cataletto? Pues tenga cuidado con el número trece.

—Caballero —dijo el doctor Lanternuto—, perdóneme usted, pero en este momento iba a su casa.

—¿A mi casa? ¡Usted!

—¿No me ha mandado llamar usted esta noche para examinar el cadáver?

—¡El cadáver! —exclamó Ubaldo, pálido y trémulo—. ¡Dejadme! ¡Idos al infierno!

Los dos extraños personajes se inclinaron con cierta burlesca actitud de respeto, y se retiraron.

Apenas hubieron salido, cogió Larvato una taza y un hisopo y comenzó a rocear el piso y las paredes, después de hacer la señal de la cruz.

—¿Qué haces, Larvato? —preguntó con asombro Ubaldo Cataletto.

—Ya lo ve usted, señor, conjurar con agua bendita; lo que hago siempre que vienen esos bribonazos.

—¿Los conoces?

—¿Cómo no?

—¿Y quiénes son ellos?

—El más pequeño es el maestro Mateo Scampaforca.

—¿Scampaforca? ¿Es decir, que se ha librado de la horca?

—Bien puede ser, que nada de extraño tendría.

—¿Y el otro?

—El doctor Lanternuto.

—¿Dos canallas, verdad, dos infames farsantes?

—Dos bribones, señor; dos grandísimos bribones que han vendido su alma al diablo, yo lo juro.

—¿Cómo que han vendido su alma al diablo?

—Como lo oye usted, señor Ubaldo Cataletto. Todos los concilios han anatematizado a los amigos del diablo; el de Narbona los excomulga sin dejarles esperanza de salvación, según dice el viejo monje fray Pacomio, y ordena fustigarlos donde se les encuentre.

—Para fustigarlos con fruto sería necesario el bastón de Santo Tomás de Aquino.

—Fray Pacomio ha dicho que el bastón de Santo Tomás no es sino la Suma Teológica, señor Cataletto.

—El viejo monje es un taumaturgo y el único que otras veces nos ha librado del diablo y de los vampiros.

—Vea usted si nos libra de estos grandísimos pícaros y de la alarma que reina en el pueblo.

Entrambos quedaron meditabundos; y Ubaldo Cataletto, después de arrojar algunas monedas en el mostrador, tomó silencioso y triste el camino de su morada.

II

La noche, ya avanzada, era oscura y fría. El viento soplaba sobre las terrazas y los tejados, y azotaba las calles con un sonido lúgubre al modo de quejidos. De los vecinos bosques y de las hondonadas arrastraba emanaciones sutiles y húmedas que herían el olfato. Por lo demás, reinaba tal silencio y quietud como si la naturaleza estuviese entumecida.

Aunque por entonces la gente estaba ya acostumbrada a los acontecimientos y a los relatos de duendes, brujas y aparecidos, Ubaldo Cataletto no iba muy sosegado que digamos; funestos presentimientos le apretaban el corazón como en un torno. ¿Habrían dicho verdad aquellos dos bribones? ¿No había muerto su padre? ¿Era su padre el causante del infortunio que pesaba sobre tantas familias? ¿Esperábale a él alguna catástrofe en su propia casa? No podía contestarse con seguridad a aquellas preguntas, pero se sentía algo aterrorizado y apretaba el paso por llegar cuanto antes a su morada.

Pícaros redomados —se decía, dando al diablo el hato y el garabato—. ¿Y por qué la autoridad no los ha llevado ya a la hoguera, si es que son seres de este mundo?

Cerca de su casa, como si hubiesen penetrado en su pensamiento, pasaron por su lado cual dos sombras el maestro Scampaforca y el doctor Lanternuto, que le dijeron cortésmente quitándose el sombrero:

—¡Que pase usted muy buena noche, señor Ubaldo Cataletto!

Maravillado, el mozo sintió frío, palpitóle el corazón con mayor fuerza y penetró en el hogar, que, con sorpresa suya, estaba aún abierto. Una escena inesperada y lamentable se le presentó a los ojos. En la alcoba, medio alumbrada por un triste velón que chisporroteaba lúgubrementemente, estaba su mujer, Annunziata, abrazada —casi sin sentido— al cadáver de su hijo que se hallaba tendido en el lecho.

El infeliz creyó que era presa de una pesadilla; sintió como un mareo en la cabeza, en el corazón como un susto, y se frotó los ojos y llamó con acento trémulo:

—¡Annunziata! ¡Annunziata!

Y como Annunziata no respondiese, trató de despertarla. Le dio a oler un frasquito y la cargó y la sentó en sus rodillas, dejando correr las lágrimas ante tanto infortunio. Annunziata suspiró profundamente, abrió los ojos y se asió con fuerza al cuello de Ubaldo.

—Annunziata, amada mía. Soy yo, mira, soy yo. ¿Qué ha pasado?, ¿qué desolación es esta? ¿Duerme nuestro hijo, o está muerto?

—¡Muerto, muerto! —respondió Annunziata entre sollozos.

—¡Muerto, muerto! —repitió con desesperación Ubaldo—, y sentando a Annunziata en un sillón, se lanzó bañado en lágrimas al lecho de su hijo; le besó, y con las manos juntas le contempló largo rato con intenso dolor.

—Annunziata, amor mío —murmuró al fin—. ¿Qué fatalidad es la que pesa sobre nosotros? ¿Qué ha sucedido? ¿Cómo ha muerto nuestro hijo?

—Lo ignoro —contestó Annunziata sollozando—; dejéle aquí durmiendo tranquilamente y pasé al oratorio mientras tú regresabas. Oraba, cuando sentí

ruido en la alcoba y me incorporé... y oye —añadió Annunziata temblando—, vi salir a un hombre, a tu padre, yo lo jurara, a tu padre, que al pasar rápidamente, me dijo, así lo he oído:

—¡Annunziata, tengo frío, mucho frío, dame una manta!

—¡A mi padre! ¡Conque vive! ¡Conque solo ha tenido uno de sus ataques de catalepsia!

—¿Qué dices? ¿Estás loco, loco, Ubaldo?

—¿Y tú le diste la manta?

—Él la tomó mientras yo, temblando y llena de espanto, corrí y caí sin fuerzas sobre mi hijo para protegerlo... ¡el infeliz estaba muerto!

—¡Horrible!, ¡horrible! ¡Misterio horrible! ¿Habrán dicho verdad aquellos dos demonios?

Y ante el asombro y pavor de Annunziata, que le miraba como si se hallase en presencia de un loco, Ubaldo Cataletto contó a su mujer todo lo que le había pasado aquella noche; y resolvieron ir juntos al rayar el alba a la ermita del monje de Vernio, fray Pacomio, quien gozaba fama de sabiduría y santidad.

III

La ermita del monje de Vernio no estaba distante de la ciudad. Al amanecer tomaron Ubaldo y Annunziata el camino de la ermita. Estaban pálidos, intensamente pálidos y con los ojos hundidos y rojos de llorar. Caminaban en silencio, entregados a su pensamiento que no les presentaba sino imágenes de ruina y desolación, de trasgos y duendes, de vampiros y lemures, como si viviesen en un mundo fantástico lleno de peligros y de apariciones maravillosas.

El murmurar del río, el silbido del viento en las ramas secas o en el follaje de los árboles, el ruido de las aves que huían al verlos acercarse o el salto de alguna liebre les hacía estremecerse, y su terror se acrecentaba con las medias tintas del alba y la soledad del campo. Por donde quiera creían ver un fantasma, cuando no era

sino un pequeño arbusto o la sombra de algún árbol o algún tronco seco y tronchado que servía de asilo a los lagartos; que tales terrores infunde el miedo en la imaginación excitada y calenturienta, para atormentar el corazón.

Al fin llegaron y penetraron en la ermita. Fray Pacomio los recibió en la puerta del refectorio.

Fray Pacomio era un hombre alto, flaco, de proporciones gigantescas, pálido y severo. Hondas arrugas, hijas de serias y continuas meditaciones o de imponderables sufrimientos, le surcaban la frente y el rostro, cuya larga barba, áspera y de color blanco terroso, contrastaba con su gran calva que brillaba como una luna de Venecia, tersa y pulida.

—¡Entrad! —exclamó el monje—, veo el dolor, herencia del mortal, retratado en vuestros semblantes; y contra los sufrimientos del alma no hay más bálsamo que la oración y la penitencia. Acaso seáis de las víctimas de las artes con que el demonio está castigando a los justos, por los crímenes y la corrupción de los pecadores de la ciudad viciosa; acaso seáis también de los atormentados por el brucolaco Tristán Cataletto.

Ubaldo y Annunziata se vieron a las caras llenos de asombro.

—Conozco en vuestros rostros que no me he engañado. Días hace que se me viene dando aviso de las desgracias y de los escándalos promovidos en la ciudad por ese infeliz, pero quiero mayores seguridades para poder proceder.

Mientras así hablaba, introdujoles el monje, tomó asiento en un sitial y les hizo sentar a su lado. Luego inclinó la cabeza, meditabundo y sombrío. En un extremo del salón había varios individuos, arrodillados unos y otros de pies en el mayor recogimiento. Todo allí imponía el más profundo respeto e infundía en el alma tranquilidad y bienestar, como si todo estuviese en olor de santidad.

Sobre un pedestal de piedra labrada se alzaba un inmenso Cristo, de nervudos miembros, con llagas que parecían naturales y verdaderos cabellos que caían sueltos, imponiendo terror y frío al contemplarlo; que no parecía sino que iba a bajar de la cruz a adelantarse y hablar.

El monje alzó la cabeza, y dijo con tristeza:

—Todas estas personas que veis aquí han venido como vosotros a quejarse de los atentados y travesuras de Tristán Cataletto, y aseguran haberlo visto. Vamos, ¿qué tenéis que decirme?

Ubaldo y Annunziata narraron entonces al monje de Vernio todos los acontecimientos de la noche, sus desgracias, sus terrores y su angustia, y el monje en medio de un silencio solemne les escuchó, atento y frío.

—Hijos míos —les dijo—, Tristán Cataletto era de carácter taciturno y pendenciero, que es el que escoge el espíritu malo para atormentar a la humanidad. Tristán abrió su alma al odio —que es Satanás— y su alma le abandonó en vida, dejándole el cuerpo y la envoltura sideral con la cual llena de terror a los hombres. Es necesario exorcizarlo y destruirlo. En cuanto a Mateo Scampaforca y al doctor Lanternuto, son almas réprobas, dejadas de la mano de Dios y ya la autoridad ha ordenado aprisionarlos y conducirlos a la hoguera. Hay quienes creen —añadió muy pensativo— que Scampaforca es el mismo Satanás en persona —y el monje se santiguó devotamente, murmurando algunas frases al modo de conjuro.

—¿Y qué cree usted del número trece? —preguntó con voz apagada Ubaldo Cataletto.

—El número trece —contestó el monje— es el símbolo de la muerte y el dolor.

Un silencio frío e imponente volvió a reinar en el vasto salón del refectorio. El monje se levantó, abrió sobre la mesa un enorme libraco empolvado, de cuero de elefante con grandes broches de bronce; después de pasar algunas hojas, leyó atentamente largo rato y se sumió en una meditación profunda.

—Hijos míos —dijo al fin—, Salomón era un gran sabio, lleno del espíritu de Dios. Días hace que digo misas por la tranquilidad de Tristán Cataletto y ya veo que toda mi obra ha sido inútil. Es necesario desenterrar el cadáver, pasarle el corazón con una larga aguja bañada en agua bendita, y clavar luego alrededor de su tumba largas espadas con la punta al aire; porque esos fantasmas de luz sideral,

eléctrica o magnética, solo se descomponen por la acción de las puntas metálicas que atraen el fluido o luz, al lugar común que le tiene reservado el Eterno.

IV

El monje de Vernio, con el signo de redención en las manos y seguido de sus acólitos y de numeroso cortejo, salió aquella tarde en peregrinación al cementerio, cantando salmos y letanías y rociando con el hisopo al gentío que se agrupaba en las calles.

Desenterró el cadáver de Tristán Cataletto, que estaba en perfecto estado de conservación, envuelto en la manta de Annunziata y cuyos cabellos habían crecido extraordinariamente. Después de hacerle pasar el corazón con la aguja y de clavar las espadas, volvió a colocarlo en la tumba y dijo en alta voz los exorcismos del ritual, bañó al mismo tiempo con el hisopo el sepulcro del brucolaco.

Cuentan que desde tal día la ciudad permaneció en completa tranquilidad, y que nadie volvió a ver a Tristán Cataletto.

En cuanto a Mateo Scampaforca y al doctor Lanternuto, habían desaparecido.

1892









El sello maldito

I

Cuando yo salía de la casa de Joram Hubert, tambaleaba como un ebrio, loco de dolor, de soberbia y de vergüenza, sintiéndome herido en lo más vivo de mi orgullo. ¡Infame yanqui! ¡Con que yo no podía casarme con Edwina! ¡Conque él no podía darme su hija en matrimonio, porque yo no era más que un pelagatos, un hombre que no tenía sobre qué caerse muerto...! ¡Pelagatos! ¡Yo, Reinaldo Castro, un pelagatos!

Aquella palabra era una serpiente que me mordía en el corazón. ¡Desgraciados los que se dejan seducir y embriagar por el vino de las pasiones! Mi orgullo, rebelado como el ángel de la leyenda, se había sobrepuesto a todo y me retorció el corazón impulsándome a la venganza. Olvidé a Edwina, olvidé mi amor, lo olvidé todo; y no anhelaba más que oro y oro para insultar con mi fausto y mi pompa la fatal ambición de aquel viejo Joram Hubert, cuyas palabras serpenteaban a mi vista en el espacio como lenguas de fuego. ¡Pelagatos!

En el delirio de mi dolor, caminé a la ventura, me encontré fuera de la ciudad, en la soledad de los campos; y me senté desesperado sobre una pena, a orillas del río, y oculté mi rostro entre las manos.

El sol caía. La majestuosa soledad de aquellos campos, el silencio interrumpido por las aguas del río y por el viento de la tarde, que agitando suavemente las hojas de los árboles venía a refrescar poco a poco mis sienas, reanimaron mi pensamiento haciéndome ver mi verdadera situación, y lloré con amargura.

Pero mi alivio fue pasajero porque mi dolor era muy grande; y arrastrado al fin por la vehemente ambición que el orgullo había despertado en mi alma, pensé en Satanás.

Yo sabía que Pedro el Venerable y el prior Guillermo Edeline habían declarado haberle visto. Sabía que muchas mujeres se habían acusado de haberle tenido por amante, que el mariscal de Trivulce murió de terror combatiendo espada en mano con los diablos que llenaban su aposento, y que solo él veía; pero yo no había podido creer nunca en Satanás. Locos, locos, ¿dónde está Satanás? Y mis lágrimas corrieron de nuevo y quedé sumido en profundo estupor. De improviso sentí dos ligeros golpes en mis espaldas y me incorporé lleno de asombro, porque no había sentido el menor ruido cerca de mí.

En mi presencia estaba un hombre vestido de negro, de pequeña estatura, muy bien formado, muy hermoso; pero extremadamente pálido, con una mirada que me fascinaba y desplegando una sonrisa de benevolencia. Desvié mi vista de la suya y permanecí inmóvil, clavado, sin acertar a pronunciar una palabra, y sentí algo como un escalofrío por todo mi cuerpo. Aquella situación era muy extraña para mí, porque no alcanzaba a comprenderla. El hombre vestido de negro se sonrió de una manera visible, y me dijo con mucha finura:

—Lo he visto a usted llorando y puedo jurarle que en mi vida he visto lágrimas más puras y hermosas. Usted tiene un verdadero tesoro.

—¿Cómo?... —exclamé con terror.

—Digo que usted tiene un tesoro en esas lágrimas y estoy dispuesto a comprárselas. ¿Qué necesita usted?, ¿qué desea?

—Oro, oro, mucho oro —murmuré sin saber lo que decía.

—Pues si no es más que eso —me dijo—, yo le daré lo que quiera. ¿Quiere usted la mandrágora, el escudo del ladrón, la bolsa de Fortunatus y de Pedro Schlemihl?

—¡Mentira! —exclamé, chocando diente con diente—, esos son cuentos fantásticos, delirios de imaginaciones enfermas...

Y alcé la vista para ver a aquel hombre que me parecía un loco extraño a pesar del terror que me poseía, pero tuve que desviarla prontamente porque era imposible sostener aquella mirada. Sentía que la cabeza se me perdía en un caos y el corazón me temblaba, y mis piernas flaqueaban como si el frío de la muerte me invadiese ya.

—Mi querido señor —me dijo el hombre vestido de negro—, eso nada tiene de maravilloso; son cosas muy naturales obtenidas por medio de la ciencia. Espero que usted se digne hacer el negocio que le propongo.

Y sacando del bolsillo de su frac una pequeña bolsa de cuero negro, agregó:

—¿Me permitirá usted tomar sus lágrimas y aceptar este pequeño obsequio?

—¿Y no quiere usted más nada?

—Más nada.

Le arrebaté la bolsa con un movimiento maquinal, súbito, increíble en el estado de postración en que me encontraba. Él se me acercó, puso un dedo de su mano izquierda en mi frente, pasó rápidamente la diestra por delante de mis ojos, como si cogiera algo volátil, aéreo; un insecto, un gas, qué sé yo, y caí desmayado sintiendo una conmoción mortal en todo mi ser. Cuando volví en mí, el hombre había desaparecido; pero de la bolsa mágica sacaba yo, con una impresión desconocida de gozo y de espanto, puñados de oro cuyo sonido al caer en la arena me estremecía.

Yo estaba como trastornado. El corazón me latía con violencia, la sangre se me subía ardiendo a la frente y mis extremidades estaban heladas. ¿Era un sueño? Me palpaba y me sentía vivir. ¿Era mío todo aquel oro? ¿Mía la bolsa encantada? Yo la tenía en mis manos y de ella sacaba piezas relucientes del oro más puro, de todas formas y tamaños.

¡Ah!, mis sueños se realizaban; podía ya castigar las viles pasiones y el insulto audaz de Joram Hubert. Como sucede con todas las pasiones violentas, aquella pasión del orgullo, apoderándose fatalmente de mi corazón y de mi mente, había

ahogado en mi alma todo otro sentimiento, todo otro anhelo. No quedaba más que el de humillar al hombre que me había herido en el alma.

Lleno de satánico gozo, tomé el camino de la ciudad y me dirigí a la casa de Joram Hubert.

La noche era oscura y el reloj de la catedral y las campanas de los demás templos daban lenta y tristemente las nueve de la noche. Uno que otro transeúnte atravesaba las calles silenciosas. Cuando llegué a las puertas de la casa de Joram Hubert —que estaba abierta—, penetré resueltamente hasta la sala de recibo. Joram Hubert estaba solo en ella, en un sillón, al lado de una mesa en la cual ardía una lámpara, y leyendo en un enorme libraco que descansaba en sus rodillas.

Parecía un viejo rabino, escapado de la hoguera, comentando el Talmud. Al sentir mis pasos, levantó la cabeza y suspendiéndose los anteojos se queda viéndome con asombro y disgusto.

En aquella mirada me pareció leer distintamente estas atroces palabras: “¡Eh!, ¡eh! ¡Aquí está otra vez el pelagatos!”. Y me sonreí con malignidad.

—¡Toma —le dije—, tú has querido oro, toma, come oro, bebe oro, hártate de oro!

Y vacié mis bolsillos: saqué, saqué oro de aquella bolsa mágica hasta formar pilones inmensos. Luego, terrible, porque me había ido irritando por grados; lancé una carcajada pavorosa y di un soberbio puntapié a uno de aquellos pilones de oro, cuyas monedas se elevaron y cayeron rodando con un ruido siniestro.

Joram Hubert me miraba lleno de espanto y de terror, acurrucado en el sillón, con los ojos salientes, la lengua afuera y el semblante cadavérico. Edwina salió corriendo al estrépito de las monedas, pero al verme se detuvo, se asió a la cruz de oro que pendía de su cuello y lanzó un grito agudo, exclamando con voz ahogada:

—¡Huye!, ¡huye! ¡Estás maldito, maldito! ¡Oh, la frente!

Y cayó de rodillas. Volví los ojos a un espejo que me quedaba cercano y me estremecí y hui despavorido. Había visto mi semblante intensamente pálido; en

mi frente, en el lugar en que el hombre vestido de negro me había tocado, lucía una pequeñísima estrella que despedía rayos fatídicos.

¡Horrible noche de terror!, ¡horrible!, ¡horrible!

II

Pasé aquella noche víctima de impresiones mortales, incorporándome sobresaltado a cada instante, desvelado, necesitando llorar para desahogar mi pecho de un dolor sobrehumano y sin encontrar una sola lágrima en mis ojos. Al fin lució la aurora. ¿Era una pesadilla fatal todo lo que me había acontecido?

El espejo me dejaba ver mi rostro cadavérico y en mi frente, en la cual no brillaba ya aquella luz fatal, advertí con terror una estrella negra, como un lunar imperceptible. La toqué, la froté, y al frotarla observé que despedía chispas luminosas. Me cogí la cabeza con desesperación, grité, me exalté y observé que con mi exaltación crecía el brillo de aquel sello fatal. ¡Y no podía llorar!

Es decir, ¡exclamé frenético que Satanás existe! Y cogí la Biblia para buscar aquella caída de los ángeles que yo nunca había leído ni alcanzaba a comprender. El Génesis no decía ni una sola palabra de esa falsa rebelión ni de caída de los ángeles.

La Biblia solo llama ángeles a los enviados de Dios, y el salmista dice: “Señor, tú haces tus ángeles, de las tempestades; y tus ministros, de los fuegos rápidos”.

E Isaías: “¿Cómo caíste despeñada al suelo, estrella luminosa de la mañana?”.

Y el mismo Jesucristo: “Yo he visto a Satanás caer del cielo como el rayo”.

¡Es decir que Satanás es una fuerza de la naturaleza, un enviado de Dios, una luz, un fluido, la electricidad, el fósforo, que obra sobre el hombre sirviendo a los fines inescrutables de Dios?

La Biblia no me decía más y recurrí a la ciencia. La ciencia y todos los hombres de la ciencia me gritaron que era impía, blasfema, sacrílega: esa monstruosa personificación del espíritu del mal, que han creado los ignorantes y que ha dado tantas armas a los enemigos de la religión del Crucificado.

Y un sabio, uno de los sacerdotes de las ciencias ocultas, Eliphas Lévi, me dijo al oído:

—No creas en esa personificación del espíritu del mal. No creas en ese ángel bastante altivo para juzgarse Dios, bastante valeroso para comprar la independencia al precio de una eternidad de suplicios, bastante bello para haber podido adorarse en plena luz divina, en presencia de la belleza infinita de Dios; bastante fuerte para reinar todavía en medio de las tinieblas y del dolor, y para hacerse un trono de su inextinguible hoguera.

No creas en ese supuesto héroe de las eternidades tenebrosas, calumniado de fealdad, disfrazado con cuernos y garras.

No creas en ese rey del mal, como si el mal fuese un reino. En ese diablo más inteligente que los hombres de talento, que temen sus decepciones. En esa luz negra, en esas tinieblas que ven. En ese poder que Dios no ha querido y que una criatura caída no ha podido crear. En ese príncipe de la anarquía, servido por una jerarquía de espíritus puros. En ese maldito de Dios que, como está Dios en la tierra, en todas partes estaría; y más visible, más presente al mayor número, mejor servido que Dios mismo.

En ese vencido al cual daría sus hijos el vencedor para que los devorase.

En ese artesano de los pecados de la carne, para quien la carne no es nada; y que por consecuencia no sabría ser nada para la carne, si no se le supusiese creador y dueño de ella como Dios. ¡En esa inmensa mentira realizada, personificada, eterna!

En esa muerte que no puede morir.

En esa blasfemia que el verbo de Dios no haría callar.

En ese envenenador de las almas que Dios toleraría por una contradicción de su poder, y que conservaría entre los instrumentos de su reino como los emperadores romanos habían conservado a Locusta.

En ese supliciado siempre vivo para maldecir a su juez y para tener razón en contra de él, suponiendo que jamás habrá de arrepentirse. En ese monstruo aceptado como verdugo por la omnipotencia divina, que, según la expresión de un

antiguo escritor católico, puede llamar a Dios el Dios del diablo, ¡presentándose a sí mismo como el diablo de Dios!

¡Oh, quitadnos ese fantasma irreligioso que calumnia la religión, ese ídolo que nos oculta a nuestro Salvador! ¡Abajo el tirano de la mentira! ¡Abajo el Dios del mal de los maniqueos! ¡Abajo el Arimanes de los antiguos idólatras! ¡Viva Dios único y su verbo encarnado Jesucristo, el Salvador del mundo que ha visto a Satanás caer del cielo! ¡Y viva María, la madre divina, que holló la cabeza de la serpiente infernal!

La voz del sabio llegó a mi corazón y me sentí más tranquilo; pero recordé los acontecimientos de aquella noche fatal y me estremecí, y creí escuchar a mis espaldas una carcajada burlona. Me volví lleno de terror, pero no había nadie. Sin duda yo deliraba. Busqué la bolsa, allí estaba. Me vi en el espejo: la estrella estaba en mi frente. Quise llorar y no pude, y permanecí como aletargado mucho tiempo.

III

La fama de mi riqueza se había extendido por toda la ciudad y era el tema obligado de todas las conversaciones: bien que yo fuese muy largo en dádivas, pero tenía la vanidad y el egoísmo de mi fortuna. Mi palacio, de mármol pulido y oro, era la admiración de los curiosos y había sido levantado con una rapidez extraordinaria.

Aquella fachada de delicados encajes, con pilastras que al tocarlas resonaban como vasos de cristal, era el asombro de los mismos arquitectos que la habían fabricado.

El oro, las perlas, los brillantes, los brocados, las maderas más exquisitas, los frescos más admirables, los más bellos surtidores de diamante, las flores más raras, los pájaros más vistosos hacían de aquel palacio una maravilla; pero sobre todo el oro, el oro maldito estaba por donde quiera: en la techumbre, en el piso, en

las paredes y hasta en las velas, pues yo había hecho fabricar estas con la más rica esperma perla y finísimos polvos de oro.

La pechera y los puños de mi camisa, mi chaleco, mis zapatos, todo mi traje estaba sembrado de brillantes; más que por ostentación, porque no había encontrado otro medio de neutralizar el efecto de aquella estrella, de aquel sello misterioso que despedía rayos de luz siempre que perdía la calma, y que hacía que todos me viesen con terror, llenando mi alma de inauditos sufrimientos.

Así, con aquel lujo espléndido, las invitaciones llovían sobre mí; por lo cual no me causa extrañeza alguna el recibir una amable esquila de la distinguida señora de X, invitándome para un sarao en su casa. Aunque, dicho sea de paso, jamás se había dignado fijar sus hermosos ojos en mi humilde persona antes de que aquel río de oro viniese a darme importancia, celebridad y grandeza.

Sin embargo, nada de esto hacía mi felicidad, pues en medio de mi angustia y mis sobresaltos recordaba con tristeza mi antigua vida tan tranquila, tan llena de compensaciones; mi hogar modesto, mis dulces amores y la paz de mi alma. Quería llorar y no podía, pareciéndome oír entonces la risa burlona del hombre vestido de negro, al cual hubiera querido encontrar de buena gana para deshacer aquel negocio extraño, que me hacía el efecto de una pesadilla insoportable.

IV

Cuando entré a los salones de la señora de X, ya el sarao había principiado.

Las damas más hermosas y los más elegantes caballeros de nuestra sociedad ocupaban aquellos salones, lujosamente amueblados, espléndidos de luz, de aromas y armonías.

Las jóvenes bailaban alegremente y bailaba también la señora de X. En los sofás y en los mecedores, las viejas mamás y las viejas verdes comentaban los trajes, las bellezas y las incidencias que ocurrían entre las parejas.

La señora de X se detuvo al pasar cerca de mí, me saludó cariñosamente y se perdió de nuevo en el torbellino del vals. Era una joven viuda encantadora, dulcemente simpática, alta, esbelta, de cutis transparente, de labios bellísimos y de poderosos ojos negros que me causaron una impresión muy parecida al amor. Tomé asiento en un mecedor sin poder apartar los ojos de la hermosa viuda, que me sonreía como si me diese las gracias.

Bailaba con un hombre alto, seco, de largos bigotes, que le hablaba con calor y que de cuando en cuando me dirigía miradas escudriñadoras, que me hacían palidecer porque en aquel semblante creía yo ver a Joram Hubert; pero Joram Hubert transfigurado, como un cadáver que se hubiese levantado de la tumba.

Aquel hombre estaba enamorado de la viuda y apenas me hube sentado me convencí de ello; pero oyendo nombrar no lejos de mí a la señora de X apliqué el oído. Un grupo de jamonas y de mamás se vengaba de las injurias de la edad, ejerciendo la chismografía:

—Mira, Clotilde —dijo una de aquellas amables rezagadas—, ¡qué escote tan vulgar el de la señora X! ¿No te parece algo como un fantasma que deja ver los huesos?

—Verdad, Antonia, pero lo que es el General está vendado.

—¡Qué, niña! —exclamó una bizca de ojos pequeñitos y escondidos—, es que el General está aprendiendo escultura con González y gusta de los modelos. Sin duda quiere cincelar alguna bacante.

En este momento se acercaba la señora de X, conversando graciosamente de brazo con el General. Las adorables comentadoras callaron, sin duda por prudencia, y al pasar la pareja se oyeron claramente algunas palabras:

—¡Es posible! —decía el General admirado.

—Entrego mi corazón al que me traiga mañana una flor de mayo.

—Pero si estamos en diciembre.

—Es un capricho, General, y para el amor no hay nada imposible; como decía usted —repuso la señora de X, riendo con coquetería.

—¿Qué te parece, Antonia?

—Que el General anda en dos pies por gracia de Dios.

—Y que ella se burla de él, ¿no es verdad?

—Pero de uno sé yo, a quien no le sería difícil traerle la flor de mayo.

—¿Cómo así?, ¿y quién es él?

—Reinaldo Castro.

Me estremecí y presté mayor atención. Tan extraña encontraba aquella ocurrencia.

—¿Y quién es ese Reinaldo Castro? —preguntó una nueva interlocutora.

—Jesús, niña, ¿cómo, no le conoces? ¡Se dicen tantas cosas de él!

—¿Ese Reinaldo Castro no es el novio de Edwina Hubert?

—¿Y tú no sabes el drama que ha tenido lugar en esa casa?

—Cuenta, cuenta, “pico de oro”, pues yo solo sé que el tal Castro es riquísimo, que tiene en su jardín las flores más raras, y que sin duda se casará con Edwina porque el viejo Joram Hubert fue encontrado muerto en su sillón, sin saberse cómo ni cuándo murió.

—Pues sabes que Edwina ha muerto loca, acusándose de haber tenido amores con el diablo.

—¡Ave María purísima! ¿Y se acusa a ese hombre de todo eso?

Yo me levanté estremecido, hondamente impresionado y con un disgusto supremo que hasta entonces no había experimentado, porque ignoraba la muerte de aquella pobre niña de quien no había vuelto a acordarme y cuya desgracia había causado involuntariamente. Pero al levantarme me encontré frente a frente con el hombre vestido de negro. Aquella eterna sonrisa se ostentaba en sus labios y en la mano tenía una flor de mayo hermosísima.

—¡Apártate —le dije—, yo no te he pedido flores!

—Pero yo sabía que la necesitabas y te la he traído.

—¡No la necesito, no la quiero —grité frenético—, dame mi tranquilidad y recobra tu bolsa maldita.

El hombre vestido de negro se echó a reír a carcajadas, y me dijo:

—Mira, el General ha desaparecido, pero todo lo que tú quieras —agregó en voz baja— es muy fácil de obtener si me entregas tu alma.

Me estremecí de horror y di un grito. La señora de X y la multitud que me rodeaba huyeron pálidos y trémulos, gritando:

—¡Misericordia, misericordia!

El sello maldito brillaba en mi frente. Arrojando con furia la bolsa mágica al hombre vestido de negro, hui desatentado.

V

¿Adónde iba yo? Abandonado de todos, rechazado por la sociedad como una planta maldita y perseguido sin tregua por aquel hombre fatal vestido de negro, entré poco a poco en mí. Rompiendo con poderosa voluntad las nieblas que ofuscaban mi mente, comprendí la inmensidad de mi infortunio y mi corazón se llenó de arrepentimiento y de tristeza.

El crimen pone su sello fatal sobre la frente de sus escogidos. Con los ojos de mi espíritu abiertos a la luz de la verdad, veía al fin a Satanás en el hombre poseído del espíritu del mal por la embriaguez brutal de las pasiones, y recordaba aquellas sabias palabras de Jesucristo: “El diablo es mentiroso como su padre”. Incliné la frente y con los pies descalzos y el báculo del peregrino, tomé resignado y humilde la vía dolorosa de la expiación. Pero el camino, muy largo, trabajoso y sembrado de espinas, me hacía desfallecer; y el hombre vestido de negro me sonreía brindándome sus brazos para sostenerme:

—Te vuelves loco buscando un fantasma —me decía—, cuando yo puedo abrirte todos los caminos.

Y después de pasar ríos helados cuyo frío penetraba mis huesos, lagos cubiertos de reptiles que hundían en mi cuerpo su acerado colmillo, arenas

abrasadoras que quemaban mis plantas; al encontrar obstruido el camino por una inmensa zarza ganchosa, cuyas duras púas se volvían hacia mí cuando quería marchar adelante, me gritó, riendo de una manera satánica:

—No tienes más amigo que yo, y solo yo puedo salvarte.

Pero yo seguía imperturbable mi camino, viendo desgarrarse mis carnes y correr mi sangre. ¡Ay!, ¿hasta cuándo?... Ásperas rocas, inmensos lodazales, médanos profundos fatigaban mis fuerzas, y yo seguía y seguía marchando; pero a medida que marchaba por aquellas soledades, el terreno se hacía más blando, el aire más fresco, la obscuridad menos densa, y cobraba nuevos bríos presintiendo ya cercano el término de mi trabajosa jornada.

Mi corazón no se había engañado. Claridades celestes que iluminaban el horizonte haciéndose cada vez más vivas anunciaban el esplendor de la luz, y el hombre vestido de negro me veía de cuando en cuando, pálido y silencioso.

De en medio de las sombras, de aquella larga noche de expiación, vi alzarse el sol esplendoroso iluminando los campos como un globo de fuego. Los pájaros cantaban, las fuentes corrían mansamente, las flores abrían el cáliz perfumado, y al atavío y al ruido armonioso de la naturaleza vinieron a mezclarse músicas celestes, ruidos sobrenaturales y el brillo mágico de una visión vaporosa que murmuró a mis oídos:

—Yo también te vi llorando y penetré en tu corazón, tendiendo mis alas para protegerte. Sendas escabrosas, espinas implacables, arenas de fuego, hielos mortales, todo ha sido blando para ti porque el amor de la fe no te ha abandonado; Dios te perdona porque tu expiación ha sido larga y dolorosa.

Caí de rodillas y lloré. Y el hombre vestido de negro, deslumbrado también, y conmovido lanzó un ¡ay!, que hizo retemblar las montañas y huyó con un ruido pavoroso, exclamando con desesperación:

—¡Ay! ¡Si yo pudiera amar y llorar!

Cuando levanté la cabeza me encontré ya solo, pero en mi alma reinaba una tranquilidad celestial que jamás ha vuelto a abandonarme.









Hojas de mirto

Al general Rafael Vicente Valdés

I

Un día viste en mi aposento algunas hojas secas de mirto, dentro de una relojera curiosamente trabajada con ópalos y caracoles, y me preguntaste lo que ello significaba.

Te respondí que la relojera, hecha en Maracaibo, no tenía relación ninguna con las hojas de mirto y me había sido regalada por uno de mis amigos de la infancia, pero que las hojas de mirto encerraban una historia muy triste que con toda su sencillez te narraría más tarde. Te cumplo hoy la promesa que te hice aquel día. Escucha, pues, la historia de las hojas de mirto:

II

Años pasados tenía yo la costumbre de dirigirme a las seis de la mañana hacia las vertientes del Anauco, buscando, más que placer y solaz para el espíritu, alivio a mi salud quebrantada.

Entre las esquinas del Cerrito del Diablo y del Platanal, casi aislada, triste, silenciosa, elevábase una pequeña casa de dos pisos, cuyas ventanas y puerta estaban siempre herméticamente cerradas.

Fuera por esta última circunstancia o porque la soledad de la calle fuese más propia para despertar las facultades del espíritu que la simple curiosidad del observador, es lo cierto que aquella casa jamás me hubiera llamado la atención sin un incidente demasiado pueril, para cualquiera que no tenga la costumbre de buscar la causa de los más pequeños acontecimientos.

Una de esas mañanas, silenciosas y melancólicas, en que parece que la naturaleza duerme; en que no se oye ningún ruido que turbe su augusta majestad, ni el rumor de las hojas que caen secas en el verano, ni el suspiro del viento que a las veces las agita blandamente, tomé, como lo tenía de costumbre, el camino de Anauco.

Al pasar por debajo de la casa de dos pisos, sentí que algo caía sobre mi sombrero de fieltro y alcé la cabeza sorprendido. En uno de los balcones, cuyas hojas estaban entreabiertas, había una maceta de mucho gusto con una mata de mirto cubierta de bellísimas flores, como de copos de nieve. Pero en aquel balcón no se veía ni la sombra de un ser humano.

Quitéme entonces el sombrero y hallé sobre sus alas algunos pétalos de flor de mirto, hermosos y frescos, coronados de gotas de agua como perlas de rocío. Aquellas gotas de agua indicaban que los pétalos habían caído al ser regadas las flores por alguna persona... Era evidente, pues, que la casa estaba habitada.

Pero, ¿había sido casual o intencional la caída de aquellos pétalos de mirto? ¿Quién habitaba aquella casa, siempre cerrada, con ventanas cubiertas de polvo, en calle tan solitaria y tan triste? ¿Cómo, en tanto tiempo, no había podido observar yo que aquella casa estaba habitada? ¿Eran nuevos los inquilinos, o vivían en ella de tiempo atrás, en absoluto retiro?

El polvo inalterable que cubría las hojas de las ventanas parecía revelar esto último; y la maceta de mirto, de esa flor bellísima que la poesía ha regalado al amor, que los que la habitaban vivían felices en el cielo de las ilusiones. Pero esperé en vano algún tiempo y convencido al fin de que aquel día no lograría ver más, seguí mi ruta, guardando, con un sentimiento extraño que inútilmente trataría de explicar, aquellos pálidos pétalos de mirto que habían despertado mi curiosidad.

III

A los pocos días, cansado de observar y de no ver más que la mata florida, la puerta cerrada y las ventanas cubiertas de polvo; impaciente, curioso, me resolví a llamar con el respeto que imponen siempre al hombre las situaciones excepcionales. El primer golpe que di en la puerta resonó seco y triste, dilatándose en el profundo silencio de aquella soledad, pero ninguna voz humana, ningún ruido me contestó.

Llamé por segunda vez y preparábame a llamar de nuevo, cuando escuché pasos cansados en el interior del zaguán. La cerradura rechinó desapaciblemente, abrióse la puerta y apareció luego a mi vista, en vez de una púdica doncella o de un adusto guardián, una anciana de cabellos blancos y amable semblante:

—Perdóneme usted —le dije—, ¿no sería indiscreto preguntarle quién vive en esta casa?

—¿Por qué? —me contestó—. Aquí vive un joven que padece una grave enfermedad, al cual acompaño y asisto hace mucho tiempo.

—Entonces tenga usted la bondad de decirle que un caballero suplica verle.

—¡Ah!, ¿desea usted verle? ¿Acaso es usted médico? Pero su enfermedad no es de las que se pueden curar.

—No, no soy médico, pero bien pudiera darle algún alivio.

—¡Pobre joven!, ¡hace tanto tiempo que vive aquí, sin que nadie venga a verle!

—¡Es posible! —le interrumpí—, ¿y no tendrá el inconveniente en recibirme?

—¡Quién sabe! Permítame usted un instante.

IV

Yo había hecho todo aquello maquinalmente, sin premeditación, impulsado por el pecado de la curiosidad; así fue que cuando la anciana regresó invitándome a entrar, y cuando ya subía los últimos tramos de la escalera, me encontraba algo perplejo sin saber cómo justificar mi visita. ¿Qué decirle a aquel joven y, sobre todo, cómo arrancarle el secreto de su dolor y de su aislamiento?, ¿cómo conocer el significado de aquella mata de mirto que parecía representar algún papel importante en la historia de sus padecimientos?

Cuando entré a la sala dirigí una rápida mirada a mi alrededor. Los muebles eran modestos y al lado de un lecho, en un sillón, con los pies colocados en una silla; pálido, flaco y triste se veía a un joven de dulce semblante, envuelto en una capa de paño, con chinelas de estambre y gorro bordado en oro. Sus ojos y su semblante manifestaban el asombro que mi visita le causaba; sin embargo, me saludó con ademán lleno de nobleza y me invitó a sentarme a su lado.

—¿A quién tengo la honra de recibir? —me preguntó con dulzura.

Le di mi nombre, devolviéndole sus atenciones.

—Dispéñeme usted —me dijo después de un momento de reflexión—, pero yo no recuerdo haberlo conocido nunca.

Había tan caballerosa franqueza, tanta calma y finura en las maneras y el acento de aquel joven que, lejos de ofenderme, me sentí arrastrado por la simpatía e indeciso respecto a lo que debía contestarle.

—Así es la verdad —le respondí al fin—, pero usted debe perdonarme mi visita en gracia del sentimiento que me ha impulsado a conocerle.

—¿Y a qué debo la bondad de verle a mi lado, caballero?

—Seré franco —le contesté—, la mentira me repugna porque es el crimen de la palabra.

—Hable usted con toda confianza.

Y mi interlocutor tosió débilmente, tratando con suma dificultad de incorporarse en el sillón. Yo le narré sucintamente todo lo que me había pasado, mis impresiones y mi disculpable curiosidad. Me escuchó con calma y luego me tendió la mano y estrechó la mía con cariño.

—¡Son tan raros los hombres de corazón! —me dijo—. Imperan de tal modo en el mundo la falsedad, el engaño y el vil interés, que el alma se siente aliviada de un grave peso cuando por fortuna tropieza con algún corazón generoso.

Le di las gracias conmovido, porque en aquellas sencillas frases y tras de aquella dulzura glacial de quien juzgaba a los hombres como si no tuviera ya nada en común con ellos, comprendí un dolor inmenso y una resignación sublime.

—Usted debe haber sufrido mucho —le dije—, si he de juzgar por sus palabras.

—Algo —me contestó—, pero después de la tempestad viene la calma; y ya usted ve, aunque me siento morir lentamente, vivo tranquilo, sin otro amor ni otro cuidado que esas flores de mirto que no son capaces de hacerle mal a nadie.

—Y que sin duda tienen parte en la historia de sus sufrimientos, ¿no es verdad?

—No se engaña usted, amigo mío, pero, ¿para qué narrarle a usted esa historia? Son cosas que pasan todos los días. Es la obra de la naturaleza; la obra de la lucha del mal y del bien. Cuando el mal tiene más poder para sobreponerse, el bien sucumbe. ¿Qué quiere usted? Así está hecho el mundo.

—Pero detrás de todo eso —repuse— está Dios que premia o castiga: está la santa obra de la justicia divina.

—Es verdad, mas con todo, ¿duda uno tantas veces! Mire usted, yo lo tenía todo para la felicidad: bienestar, posición social, todo lo que se puede tener en nuestro país; y ninguno ha podido ser más desgraciado, porque todo eso lo hizo inútil la fatalidad. Ya usted me ve: aislado, triste, presa de una enfermedad inexorable que me va consumiendo paso a paso.

—Pero la causa de todo eso...

—Se la diré a usted en dos palabras —me interrumpió con un suspiro—: yo nací fatalmente predestinado, con un carácter soñador, con un corazón ardiente, con una voluntad tenaz e imperiosa. Desde muy temprano me enamoré, y me enamoré como únicamente pudiera haberlo hecho, con pasión, con locura, y tanto más cuanto la que así me había impresionado era hermosísima, dulce, llena de virtudes y de abnegación.

Se detuvo un breve instante para tomar aliento y yo permanecí silencioso, observando que aquellos recuerdos le mortificaban.

—¡Qué lucha! —exclamó de improviso— pasándose la mano por la frente—, ¡qué horrible lucha durante seis años! ¡Y cuánto no debió sufrir la desdichada! Su padre era un hombre imperioso e intransigente, de inteligencia escasa, de corazón duro: aunque yo era más rico que él, mi riqueza no le satisfacía; y la divergencia de opiniones políticas era a sus ojos un crimen imperdonable. La calumnia, con todo lo malo que se puede inventar, llovía sobre mí, y la vida de la infeliz era un martirio. Creí conveniente alejarme de Caracas, únicamente por ella, y lo llevé a efecto. Pero mientras tanto, cayó gravemente enferma; lo supe y volé aun sin saber a qué, pero cuando llegué ya era tarde... había muerto. No sé qué fue de mí durante mucho tiempo; solo recuerdo que un día me entregaron ese mirto y un papel que no contenía más que dos líneas: me decía adiós y me mandaba esas flores en las que, según decía ella, viviría su espíritu para acompañarme, y luego me suplicaba que no la olvidase, como si eso fuera posible.

Revelaba un gran dolor el semblante, cada vez más pálido, de aquel joven; la voz le temblaba y los ojos le brillaban con fuego concentrado, calenturiento. Yo le escuchaba sin proferir palabra, porque hay dolores tan grandes, que imponen imperiosamente el silencio y el respeto.

—Desde entonces —prosiguió luego, algo repuesto de la honda impresión que había experimentado con aquel recuerdo—, desde entonces yo me siento morir lentamente, sin pena, porque sufro en mi alma un gran disgusto por la vida. Por las noches, cuando duermo, es cuando me siento vivir, porque la veo que viene

hacia mí, envuelta en un manto vaporoso de luz y me sonrío, y me habla al oído, y estrecha mi mano, y me da el beso de amor en la frente. De día contemplo esas flores pálidas y las riego, las cuido y tengo mi vida en ellas, como si ellas guardasen su alma. Cuando yo muera morirán también, porque su espíritu se habrá reunido con el mío.

Había tanta gravedad en sus palabras, tanta fe en aquella creencia, que comprendí que el amor, el dolor, la soledad y la desgracia habían concedido a aquel infeliz las compensaciones de una superstición consoladora. Cambié aún algunas palabras con él, le di las gracias por su atención, le ofrecí sinceramente mi amistad, y le prometí ir con frecuencia a visitarle. Luego me alejé con una tristeza profunda. Aquel día y los siguientes estuve de malísimo humor, sin resolverme a volver por un sentimiento inexplicable de pena y de simpatía, como si creyese haber cometido un crimen arrancándole los secretos de su alma.

V

Cuando algún tiempo después volví, la casa estaba solitaria, abierta de par en par. Era evidente que el joven había muerto, porque la maceta de mirto estaba allí, en un rincón, y las flores y las hojas marchitas, secas, enteramente secas, como si hubiese ya muchos días que no recibían el calor del sol ni el riego de aquella mano cariñosa.

Pero, ¿cuándo había muerto? ¿Por qué extraño capricho no había pensado yo más antes en ir? Probablemente el infeliz creyó que yo no había vuelto a acordarme de él. En la pared, cerca del lugar en que yo lo había visto, leí estas palabras escritas con lápiz: "Los cielos se abren para recibirnos". Tomé algunas hojas de aquel mirto marchito y me alejé fuertemente impresionado.

VI

Tú, que eres hombre de corazón, comprenderás ahora por qué con tanto cariño aquellas hojas secas de mirto.

1873











Las lavanderas nocturnas

A mi amigo Juan Ignacio de Armas

Todos los pueblos del universo tienen leyendas y supersticiones tan semejantes, que la imaginación del hombre se sorprende poderosamente, como si viese algún sello de verdad en el fondo de ellas.

La Goagira tiene también sus lavanderas nocturnas, leyenda que recuerda las tradiciones alemanas.

El indio hipoana es voluntarioso y bravo como el jaguar manchado que asuela las montañas goagiras. El cacique Caraire era el jefe de la tribu hipoana y tenía una sobrina, llamada Irúa, hermosa y dulce como la paloma cuyo nombre llevaba. Caraire quería enlazarla con el macuire Jarianare, el más rico y poderoso de todos los indios que habitaban la Goagira, pero Irúa amaba con la pasión del salvaje al gandul Arite, arrogante y valeroso indio, aunque no tenía otra fortuna que la cuchilla que llevaba al cinto y el arco que colgaba de sus hombros.

Así, cuando el gandul Arite pidió la mano de la dulce Irúa, Caraire le contestó secamente con un movimiento de desprecio: *Pia camamuice, tache guacire*. Arite se retiró silencioso y sombrío, sintiendo en su corazón algo como la mordedura de una serpiente, porque el indio era orgulloso y amaba mucho a Irúa, quien por hermosa brillaba entre las vírgenes goagiras como estrella solitaria en medio de un cielo cubierto de nubes.

Desde aquel día su amor fue más violento y desesperado, y empeñó una lucha terrible para decidir a Irúa a que huyese con él a lo más espeso de las montañas Azules; pero Irúa, que no perdía la esperanza de vencer el corazón del indomable Caraire, le exhortaba a tener paciencia y a esperar.

Entre tanto, Caraire, que continuamente llevaba guerra con los indios púsainas y que buscaba un pretexto para alejar a Arite y casar a Irúa, durante su ausencia, con el poderoso macuire Jarianare, propuso al gandul que marchase al combate. El gandul marchó con la esperanza del botín y de la gloria, para alcanzar la mano de la dulce Irúa, la paloma blanca que codiciaban los más soberbios caciques.

—Parte —le dijo Irúa—, que yo seré fiel a mis juramentos.

Y la india quedó luego solitaria y pensativa, dejando correr sus lágrimas, sentada al pie de una ceiba cuya copa espesa la guardaba de los rayos abrasadores del sol. A poco, con el oído ejercitado del salvaje, escuchó unos pasos ligeros que se acercaban agitando la arama que las caballerías de los gandules habían dejado esparcida en aquel sitio, y vio al fin aparecer a Caraire con el gozo del triunfo retratado en el semblante.

—Irúa —dijo el inflexible cacique—, ya no verás más a Arite. Cuando llegue la próxima luna brillarán los areitos de tu matrimonio con el poderoso cacique Jarianare.

Pero Irúa no escuchaba ya. Sus labios, de continuo rojos como la iguaraya, se habían puesto más blancos que los granos del iroso y su cuerpo temblaba como si fuera a morir.

El indio se retiró, grave y altivo. Irúa, se cubrió el rostro con las faldas de su tacein color de rosa, dio de nuevo rienda suelta a las lágrimas. Luego se levantó resueltamente, enjugóse los ojos y tomó el camino del caney del piache Pariosa.

Pariosa era visto como el más sabio de los ancianos goagiros. Leía en las estrellas, en los pétalos de las flores, en el agua pura de las fuentes y en la gota de rocío que caía desprendida de los árboles. Irúa besó con veneración la tequiara del anciano, y en seguida le expuso sus temores y sus sufrimientos.

—Hija de Caraire —le dijo el piache—, solo puedo decirte que el gandul Arite no volverá a pisar los atures del indio hipoana. Si muerto tu amante mueres también de dolor, tu espíritu errará por los espacios y estarás condenada a lavar a

medianoche, en las orillas de la laguna, hasta que encontrando al hombre a quien amas le embriagues con tu amor y vuelas con él a las regiones desconocidas. Hija de Caraire, escoge lo que tu corazón te exija.

La india lloró mucho oyendo las predicciones del piache Pariosa y luego se dejó morir de dolor, lentamente, como muere una flor al viento de la noche; porque así, al menos, llevaba la esperanza de confundir su espíritu con el que había llenado de deleites las mejores horas de su vida.

Carire sintió profundamente a Irúa, la dulce paloma, y le dio sepultura a las orillas de la laguna, con una pompa que recordaba los antiguos tiempos del poderío y la grandeza de los indios.

Pero Arite no había muerto. Impulsado por el amor que profesaba a Irúa, combatía con heroísmo en medio de aquellos salvajes, cuando llegó a sus oídos la noticia de la muerte de la hermosa india. Arite arrojó sus armas con desprecio, y con el corazón lleno de dolor y de lágrimas, exclamó:

—¿De qué me servirían ahora la riqueza y la gloria, si lo que mi corazón me pide es ir a llorar sobre la tumba de Irúa?

Y el indio, solo y desesperanzado, marchó tristemente hacia la tribu hipoana. Atravesó extensas llanuras, ya tarde de la noche, que era muy clara, llegó a avistar en la lejanía los atures y cendaguas de los hipoanas, que se levantaban muy cerca de un pequeño lago.

A medida que se acercaba, oía en la soledad y en el silencio de la noche un ruido misterioso y monótono, que a pesar suyo le sobrecogía de espanto. Alzó la vista al cielo y comprendió que era ya la medianoche. ¡Las doce!... la hora del sabbat de las brujas y de los fantasmas sepulcrales. El indio distinguió luego, al resplandor de la luna, un grupo de mujeres con grandes taceines blancos y con los cabellos flotantes; vaporosas, indecisas, batiendo ropa sobre duras penas a la orilla de la laguna.

Arite se estremeció, pero inmediatamente lanzó un grito de salvaje alegría, porque distinguió a Irúa que llena de gozo corría hacia él. El indio se detuvo,

trémulo y embebecido, e Irúa le estrechó con pasión entre sus brazos y le dio el beso de las desposadas; beso helado que, conmoviéndole hasta el fondo del alma, derramó por sus venas el frío de la muerte.

A la mañana siguiente, los indios hipoanas dieron sepultura al infeliz Arite, quien había sido encontrado muerto a la orilla de la laguna, cerca de la tumba de Irúa. Caraire, cuyo carácter se había hecho taciturno y reservado, murió poco tiempo después a manos de los indios cocinas, y dicen que su alma anda errante por las quiebras de la llanura.

1871









El pájaro blanco

A Arístides Rojas

Juana, joven y hermosa como un rayo de sol, estaba sentada en la galería del hogar cosiendo en actitud tan triste como si presintiese terribles desgracias. Cerca de ella, en la sombra, se hallaba un joven de gallarda presencia, reclinado en un sofá, inmóvil y silencioso, como si le devorase el fastidio.

Del patio cercano, de donde subía el olor de la hierba fresca recién cortada, mezclado al aroma de las rosas y las magnolias, se alzaba el canto apagado y triste de un pájaro blanco y de alas azules que en días más alegres poblaba el contorno de raras armoniosas, como torrentes de perlas que cayesen en planchas de finísimo oro.

El pájaro blanco de alas azules —prisionero en lujosa pajarera— había sido regalado a los jóvenes esposos como talismán de mucho precio, por un hada misteriosa que les había acariciado desde los primeros años de su vida, cuando el amor comenzó a tejer para ellos sus lazos de rosa. El hada, al llevarles el pájaro, les había dado excelentes consejos:

—Guardad este pájaro —les dijo— como un tesoro inapreciable. Mientras esté con vosotros y seáis fieles seréis venturosos porque mi espíritu le acompaña a todas partes. Tratad de vivir unidos y de tenerle bien seguro, porque tiene alas muy ligeras y gusta mucho de refrescar su cuerpo en el espacio.

Y desde aquel día el pájaro blanco de alas azules, cuya voz era un torrente de armonías, llenaba la casa de encanto y de felicidades como a palacio favorito de las hadas, porque entre ambos esposos le mimaban y cuidaban con esmero. Pero este día cantaba con voz muy débil y muy triste, y los dos hermosos jóvenes estaban desolados y pensativos.

Pensaba ella que era la primera vez que su amado había entrado y no le había impreso en la frente el beso de costumbre, ni le había dicho una sola palabra cariñosa; y él, preocupado con el silencio y la tristeza de su compañera, la amada de tantos años, arrugaba el entrecejo y lanzaba el pensamiento lejos del hogar, mientras ella se clavaba distraída la aguja, o volvía la cabeza dolorosamente para enjugar una lágrima que le asomaba a los ojos.

¡Bienandanzas ilusorias! ¡Sueños de un día! ¡Ay! Nada, ni el amor es eterno en este mundo. Con los ojos empañados por las lágrimas, pero con la sonrisa que es como la gracia del pudor, Juana alzó la cabeza y le preguntó como para arrancarle alguna palabra:

—¿Sabes qué hora es?

—No sé —contestó él maquinalmente, con expresión de hastío—, tal vez las seis.

Pero de repente se levantaron estremecidos. El canto del pájaro había cesado y al mismo tiempo un ruido sordo y misterioso se había dejado oír. Corrió él al patio y Juana permaneció un momento en pie y pálida, con la mano sobre el corazón, que le latía violentamente.

Cuando al fin salió ella al patio, la pajarera estaba hecha pedazos en el suelo, el pájaro había desaparecido y su esposo tampoco estaba ya allí. Entonces, llena de angustia, salió y se dirigió al campo, anhelando encontrar el pájaro dormido en las ramas de algún rosal, porque era la rosa la flor preferida por el pájaro blanco de alas azules. Pero la noche había sobrevenido ya y era tan oscura que, aunque caminó mucho y encontró muchos pájaros dormidos, no pudo distinguir bien la hermosa pluma del pájaro blanco de alas azules.

Desalentada ya, y reflexionando si desandaría aquella larga peregrinación, vio a una pobre mujer que, sentada sobre una piedra a la vera del camino, la miraba fijamente con dulce expresión de lástima.

—Buena mujer —le dijo—, ¿no has visto por aquí un pájaro blanco con alas azules?

—¡Ah! ¡Tan joven y ya la felicidad te abandona! ¡Entonces debes ser muy desgraciada!

—¿Y quién eres tú, que así sabes lo que he perdido?

—Yo soy la única que puede darte aliento —contestó la buena mujer—, sígueme si quieres y te llevaré a un lugar oculto donde hay muchos pájaros de hermosa pluma y dulce canto. Yo no puedo hacer más por ti.

Y la buena mujer se levantó y se puso en camino con ella.

Ya desviadas por un precipicio y heridas por las zarzas, llegaron a un soto espeso donde oyeron el canto de un pájaro que tenía la voz muy semejante a la del pájaro blanco de alas azules, pero que cantaba con entonación melancólica y sombría.

La buena mujer supo sorprenderlo con la delicada viveza de las almas nobles, y ambas le vieron con ansiedad a la luz de la aurora que aparecía espléndida por el Oriente, bañando el monte lejano de claridades celestes.

Aquel pájaro era negro como la noche y la joven se retiró tristemente. Lloró, lloró mucho en la soledad, porque aquel pájaro melancólico y sombrío era el símbolo del dolor.

La buena mujer, que era la esperanza, había desaparecido.

1872







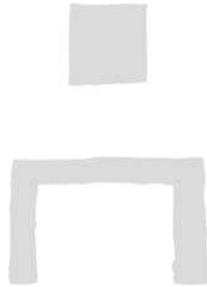


Índice

El escultor Marliani	9
Danza de los muertos	19
El ingeniero Chatillard	27
Tristán Cataletto	35
El sello del maldito	49
Hojas de mirto	65
Las lavanderas nocturnas	77
El pájaro blanco	85







Edición digital
Noviembre de 2017
Caracas - Venezuela

EL SELLO DEL MALDITO Y OTROS CUENTOS

A través de estas páginas se inicia un viaje a los misteriosos terrenos de la oscuridad y el terror, en los cuales cuerpos espectrales y cadavéricos cruzarán ciudades y montañas, buscarán refugio en bares y aposentos, y se acercarán así hasta las puertas del infierno, empujados por las torturas insoportables que les producen sus pensamientos. Entre diálogos, asistiremos a muertes inexplicables, donde los secretos y el acertijo irán ocupando el espacio central, para terminar deslumbrándonos con las posibilidades y mundos que puede crear una imaginación enferma.

JULIO CALCANO (CARACAS 1840-1918)

Escritor venezolano del siglo XIX. Desarrolló una extensa obra en el campo histórico, literario, lingüístico, crítico y periodístico. Colaboró con un gran número de revistas y periódicos, de los cuales podemos mencionar: *La Opinión Nacional*, *El Siglo XIX*, *El Semanario*, *El Cojo Ilustrado*, entre otros. Miembro fundador y Secretario Vitalicio de la Academia Venezolana de la Lengua (1883). Entre sus obras destacan: *El parnaso venezolano* (1892), *El castellano en Venezuela* (1897), *Blanca de Torrestella* (1901), entre otros.

DAVID DÁVILA (TARIJA, VENEZUELA, 1976)

Ilustrador, fotógrafo, músico y poeta,
Miembro fundador de la editorial tachirensis Nadie Nos Edita Editores,
baterista de la banda de rock político Los Residuos,
a partir del 2008 forma parte del equipo de la Fundación Editorial
El perro y la rana.

